

Boceto de una niña llamada Colibrí

Álvaro Rosas

Encontré el libro de poemas por accidente, como en otras ocasiones. Esta vez buscaba unos apuntes en los cuadernos donde escribía los bocetos de mis cuentos hace veinte años, cuando era estudiante. Al abrirlo descubrí dos objetos que me pusieron la piel chinita: una pequeña pluma verde como de jade y un pétalo amarillento de esas flores olorosas que se llaman albricias y que sirven, junto con los pensamientos, para adornar al niño Dios.

Me olvidé de lo que buscaba y concentré toda mi atención en el hallazgo. Tomé primero la pluma y, cerrando los ojos, me froté los párpados con ella; luego acerqué a mi nariz el pétalo y aspiré profundamente. Descubrí con asombro que tanto la luz de la pluma como el aroma del pétalo conservaban nítidamente la imagen de un recuerdo que creía extraviado, pero que permaneció oculto en mi mente y brotó de pronto como un relámpago. Era un hecho real que recordaba algo como el boceto de un cuento en el que los protagonistas, yo entre ellos, narraban la historia en primera persona:

Mi nombre es Matilde, tengo veinte años y soy feliz, pues estoy enamorada de un hombre maravilloso. Él me regaló la flor que traigo en la mano y que huelo a cada rato, porque junto con el perfume aspiro el recuerdo de su rostro y me adormezco con los besos que aún siento en mis labios. Son las once de la noche, el metro viaja sin pausas rumbo a Tasqueña, dentro de veinte minutos estaré con mi madre, tomaré un vaso de leche y me acostaré para soñar, por supuesto, con la dicha de estar viva para disfrutar los regalos del corazón.

Yo soy Elke, regreso a mi casa luego de una jornada agotadora, de mañana en la escuela y de tarde en el trabajo. Más por costumbre que por ganas, leo un libro de poemas que no he podido terminar en tres años debido a que, en varias ocasiones, lo he olvidado en rincones sin memoria. Es 14 de febrero y en el vagón, justo a mi lado, dos amantes se besan impudicamente y prometen amarse por siempre. En el asiento de enfrente una muchacha está absorta en aspirar el perfume de la flor que lleva con gran cuidado entre sus dedos. Es bella, tan bella como la flor. Trato de concentrarme en la lectura, pero como mi mente no se aparta del cuadro que tengo frente a mí, prefiero cerrar el libro y fijar la vista en el rostro de la dama de la flor. Mientras ella me embelesa, el tren se detiene en Ermita, donde bajan los amantes y sube una niña con ojos de pájaro y un acordeón grande.

Me dicen María, aunque realmente me llamo Colibrí. Mi tata me puso ese nombre en el pueblo porque me gusta chupar las flores. Uitsitototsij, me decía en el idioma. Mi tata se fue al norte hace treinta y ocho lunas y no hemos sabido nada de él; en ese entonces

yo tenía cinco años. Mi nana me trajo a la ciudad para buscar la comida, pues en el rancho ya no hay ni quelites. Por eso toco el acordeón y pido monedas. Hoy es Día del Amor, los novios están contentos, todos me regalan pesos, me dan dulces; me ha ido bien. Qué raro, en este vagón sólo hay dos personas: un hombre que no le quita los ojos de encima a una muchacha, y la muchacha que no le quita los ojos de encima a una flor. ¡Ah!, de pronto me llegó un montón de felicidad porque la flor es de albricias, de esas que tanto me gustan, de las que lamía en el pueblo cuando mi tata me llevaba de la mano al bosque para que yo diera mis primeros aleteos. Voy a tocar de puro gusto.

Desperté de mi embeleso cuando la niña con ojos de pájaro hizo sonar el acordeón. Aunque no creo haber despertado del todo, pues me sentí mareado, inmerso en brumas y como si frente a mí se proyectara una película en cámara lenta. La muchacha y la niña sonreían y se miraban fijamente a los ojos. Me dio la impresión de que platicaban con el pensamiento. Sí, conversaban sin mover los labios y yo podía entender lo que decían, supe sus nombres. La música era el sortilegio que nos trasladaba a los bosques de albricias donde Uitsi y Matilde volaban tomadas de la mano y chupaban miel de las flores. Yo podía sentir el placer de compartir el aire con las mariposas. Igual que ellas, gozaba el aroma, el paisaje, la ligereza de sus cuerpos. Sentí también la enorme necesidad que tenía Uitsi de libar el néctar de la flor que desde el principio llevaba Matilde entre sus dedos, y al parecer, Matilde también la sintió.

De pronto dejó de sonar el acordeón, estábamos de nuevo en el vagón del metro. Uitsi estiró la mano frente a Matilde; sin palabras le pedía la flor. A la dueña se le desdibujó la sonrisa y, resignada, apretó la flor contra su nariz como para agotar el aroma de una sola aspirada, después la depositó en la mano abierta de la limosnera. Las puertas se abrieron y la chiquilla salió dando brincos, luego se escuchó un zumbido indescriptible. Me asomé para mirar qué producía tal ruido y entre música de acordeón imaginé a la niña convertida en un gran colibrí que, con vertiginosos aleteos, volaba rumbo a la luna.

Cuando se cerró la puerta volví a mi asiento y me di cuenta de que Matilde lloraba sin consuelo. Tenía la cara empapada en lágrimas y no podía controlar el hipo que pronto se convertiría en gritos desgarradores. Le pregunté si le pasaba algo malo. Sólo atiné a indicarme con señas que estaba bien, pero de todos modos siguió llorando. Al llegar a Tasqueña salió corriendo y sus lamentos se confundieron con la sirena de una patrulla que cruzaba por la avenida. No intenté seguirla, aunque también me paré del asiento para descender, pues el tren había llegado a la terminal. De repente, un destello en el piso llamó mi atención, era una pluma verde como de jade y junto a ella un pétalo de albricias. Fue entonces cuando recogí ambos objetos y los guardé en el libro de poemas que, estaba seguro, volvería a perder en algún rincón de la desmemoria.

ÁLVARO ROSAS MONTALVO. Herrero de oficio, estudió Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Cuando terminó la licenciatura dejó la fragua para dedicarse a diversas actividades relacionadas con su carrera. Fue maestro de español en una secundaria, corrector de estilo en el diario *El Financiero* y en la revista *Proceso*, y jefe de redacción en el semanario toluqueño *El Manifiesto*. Actualmente, trabaja en la Dirección General de Crónica y Gaceta Parlamentaria de la Cámara de Diputados, México. Ha escrito crónicas, poemas, cuentos, ensayos y una novela corta que sólo sus amigos han podido leer. Correo-e: alvarorosasmontalvo@gmail.com